

PANAMÁ AL BROWN



Eduardo Arroyo

PANAMÁ AL BROWN
Vida de un boxeador

fórcola
Siglo XX

Siglo XX

Director de la colección: Fernando Castillo

Diseño de cubierta: Silvano Gozzer

Diseño de maqueta y corrección: Susana Pulido

Producción: Teresa Alba

Detalle de cubierta:

Al Brown y Jean Cocteau, en el centro. A la derecha del grupo,
Bob Robert, su preparador. París, 1937.

Foto de Roger Viollet. © Getty Images

Título original: «Panamá» *Al Brown, 1902-1951*.

Grasset, París, 1998

Licencia editorial para Fórcola Ediciones por cortesía del autor.

© Eduardo Arroyo, 2018

© De la traducción del francés, María Concepción
García-Lomas, 1982

© De la revisión, Fabienne di Rocco, 2018

© Fórcola Ediciones, 2018

C/ Querol, 4 - 28033 Madrid

www.forcolaediciones.com

Depósito legal: M-64-2018

ISBN: 978-84-16247-99-8

Imprime: Sclay Print, S. L.

Encuadernación: José Luis Sanz García, S. L.

Impreso en España, CEE. Printed in Spain

CUANDO KID TEÓFILO consiguió sacar su cabeza de mosquito por la escotilla del barco, el sol calentaba suavemente; el cielo se teñía de rojo y el mar azuleaba. Semejante armonía no encontraba contrapunto en los pensamientos inquietantes del joven boxeador.

Después de dos días de navegación, Alfonso Kid Teófilo no había podido aún posar sus manos, ya visiblemente estropeadas, sobre la barandilla del carguero y mirar en paz, frente a él, el mar, destino-festín de las esperanzas.

Tenía razón –él, el último de los últimos– al preguntarse si el trabajo en las cocinas le permitiría estar sobre el puente en el momento preciso, cuando la punta de Manhattan y la Estatua de la Libertad aparecieran entre las brumas de la mañana.

Su pronóstico era pesimista: sabía que llegaría al corazón de América como un topo, cegado por la oscuridad, sofocado entre sacos de harina, en la clandestinidad de la emigración. En los últimos minutos que precedieron a la partida, Kid Teófilo había conseguido que le contrataran para las cocinas, en ese buque que transportaba algo tropical y que después de salir de Colón, el puerto de Panamá en el Atlántico, avanzaba lentamente hacia Nueva York.

A principios de 1880, Ferdinand Lesseps inaugura oficialmente el comienzo de la construcción del canal, y el padre de Alfonso Teófilo Brown, esclavo liberado del Tennessee de lengua inglesa, se dispone a marchar a Panamá, más exactamente a Colón, para participar en los trabajos.

En poco tiempo, la población del istmo se multiplica gracias a la llegada en masa de trabajadores para el canal, pero

también de esos nuevos emigrantes que encuentran un empleo fácil en la venta de bienes y servicios. Se traen braceros de Cartagena, de Venezuela, de Cuba y de las Barbados, y también de La Martinica; algunos africanos llegan desde el Senegal. La mayoría de esos desgraciados llegarían de Jamaica (más de 9.000 hombres importados en 1886) provocando, de este modo, el crecimiento de ese pintoresco enclave sociológico de América.

Pero resulta muy duro sobrevivir en las condiciones que el trabajo y el clima imponen. En ese terreno insalubre donde la naturaleza asesina, quedan pocos hombres cuando Estados Unidos reanuda los trabajos en 1904.

El canal, en tiempos de Lesseps, fue un hermosísimo proyecto edificado sobre un inmenso cementerio. Se ha dicho que el Paso de Culebra, que rompió la columna vertebral de la cordillera en su parte baja, habría podido rellenarse con los cadáveres de los miles de obreros que perecieron en la empresa.

El viejo Brown ha podido resistir. Ha echado raíces y se mantiene aún en pie vendiendo frutas y verduras, y más tarde trabajando en una panadería. Ha escapado de la hecatombe. Está rodeado de muerte y de miseria.

Por lo tanto, trata de vender a todas horas su modesta mercancía, sus frutas y verduras tempranas, en una calle próxima a Spanish Town, el barrio «caliente» de la ciudad, entre las bailarinas, las chicas de alterne y los chulos.

En veinte años de trabajos, más de 6.000 empleados en la ejecución del canal perdieron la vida. El paludismo, la fiebre amarilla, la tuberculosis y la disentería azotan con mayor virulencia a los dirigentes, ingenieros y administradores blancos de origen europeo.

El régimen de discriminación racial impuesto desde el principio por los norteamericanos a los empleados de la zona del canal, con la ayuda del whisky y de la Biblia, se manifiesta claramente en el emplazamiento de las viviendas y de los servicios públicos. Para los asalariados blancos se remodela Balboa, creando una ciudad-jardín, agradable, de poca densidad de población, con sus hospitales, tiendas, clubes y escuelas.

A los trabajadores negros se les relega a las afueras, en unos barracones militares camuflados entre el paisaje.

Ni Colón ni Panamá estaban preparados para recibir la masa de recién llegados que iba a volcarse en sus callejuelas cuando se reanudaron los trabajos. Por lo tanto, se levantan nuevos barrios dormitorio con sus casas de madera de estilo antillano donde se encerrará a una población que, al principio, se calificará de temporera. Sin embargo, esos guetos urbanos continuarán existiendo después del fin de los trabajos del canal, habitados por una masa de parados que no pueden encontrar, ni en las plantaciones bananeras del país, ni en su país de origen, una salida a esa sórdida cohabitación. De este modo surgen para siempre barrios enteros, residencias de un lumpenproletariado de origen antillano en cuyo interior se extenderá un ineluctable y acelerado proceso de degradación económica y social.

Esos barrios constituyen aún hoy verdaderos reductos en el centro de las ciudades de Colón y Panamá.

Si entráis en tren en la ciudad de Colón, tendréis que atravesar la zona libre en el interior de un vagón lleno de lamentaciones y desconfianza. Si penetráis por ese pasillo, decenas y decenas de carteles publicitarios de colores chillones os impedirán entrever las miserias de Pueblo Nuevo, ex Folks River.

Desde luego se os habrá aconsejado, con una insistencia sospechosa, que no os aventuréis por los barrios de Vietnam, Bamboo Lane o Vaticano si no queréis dejar allí la cartera, el pellejo o ambas cosas... Tampoco podréis descubrir la presencia de industrias porque no existen, y porque toda la economía gira alrededor de la zona libre. Una zona franca de almacenaje y depósito de mercancías, con sus mil compañías en 34 hectáreas, donde encontrar trabajo es una quimera.

Es muy extraña esta ciudad, dibujada como un tablero de ajedrez, irrisoria imitación de Filadelfia, bautizada y rebautizada como Navy Bay, Aspinwall y, mucho más tarde, Colón. Recostada en el mar y rodeada de bases militares norteamericanas, la mayoría de sus 80.000 habitantes viven amontonados en tugurios indescriptibles.

Miles y miles de antenas de televisión apuntan al cielo. Colón quema sus basuras en la zona del canal y entierra a sus muertos en Mount Hope.

A veces se siente que sus habitantes están alucinados. El ritmo se desliza a través de las tumbas, las maracas y los ukeleles. Las misteriosas sociedades asiáticas, las esotéricas logias masónicas, así como las sectas vudús, se reúnen, se constituyen, se comunican: todo es color y calor sofocante.

Entre la Avenida Central y la Calle 6 se alza aún un gran montón de chapa y listones de madera deteriorados por el tiempo. Allí está la casa donde Alfonso nació y vivió con sus padres, y luego sólo con su madre, cuando ésta quedó viuda. Es un caserón que, como tantos otros de ese barrio, está condenado a la demolición, aunque permanezca ahí cien años más.

Pude visitar el patio interior y también las habitaciones, bien escoltado por la autoridad de Selwyn Brown, que es guardia nacional e hijo de una de las hermanas de Brown. No cabe la menor duda, vista su sorpresa, de que era la primera vez que un extranjero le importunaba rogándole que le acompañara en ese peregrinaje. La primera vez que se le pedía ser el cicerón de su propia familia.

Fue un verdadero acontecimiento. La actual inquilina del piso que fue de los Brown, la señorita Berril Hall, se siente visiblemente orgullosa de mostrarme su cocina a cielo abierto y la habitación de Alfonso, esa chabola plantada en equilibrio sobre el segundo piso de la construcción. Desde el mirador se divisan dos palmeras demasiado distantes para estar juntas. Una camisa de nailon azul celeste ondea como un banderín. Por todas partes se lava, se frota. Rumor continuado de agua. Ahí, Alfonso, echado en su cama, ha debido de soñar con la gloria.

A los trece años se entera de la muerte repentina de su padre en la panadería donde trabajaba. Agonizó cubierto de harina, con la artesa como sudario. Trivial paradoja de lo negro y de lo blanco. En ese momento, Al comprende que sólo depende de sí mismo y que mediante esa muerte alcanza su mayoría de edad.

En su caso no hay nada original, tampoco en su forma de vivir, ni siquiera, quizá, en sus deseos. En un país donde todo caballero es blanco, estaría mal visto, por decirlo así, ser original. Es como todo el mundo, un muchacho negro, negro como todo el mundo. Un afroantillano sin historia, sin presente y sin futuro. Un candidato más a la miseria, al correccional o al cementerio antes de tiempo. Alfonso es sólo uno más entre los cientos de muchachos que vagabundean por la calle las veinticuatro horas del día y que boxean con su sombra.

Sin embargo, algo en él chocaba y atraía las miradas: su extraña morfología, su delgadez de alambre. Medía ya 1,68 y pesaba 46 kilos. Un peso mosca excepcional pero sin ser fornido, por el contrario, proyectado hacia arriba, sin pantorrillas, con una cintura de avispa y el vientre más plano que un plato de postre. Los brazos separados del cuerpo como las aspas de un molino y una cabeza pequeña bien equilibrada. Sus manos, muy proporcionadas, empezaban a endurecerse por las casi cotidianas peleas callejeras.

Alfonso —ciertamente, bien aconsejado— empezó a frecuentar el Strand Boxing Club para encauzar mejor su violencia. De este modo pudo, sin cansarse, presentarse ante el público dos o tres veces al mes, acumulando unos resultados muy halagüeños. Su personalidad, sus movimientos, hacían que los espectadores le consideraran una estrella de combates preliminares de aficionados que en esa época alcanzaban, a veces, los seis asaltos.

Época en la que Panamá es sinónimo de boxeo, de ciencia pugilística. País de luchadores ágiles y peligrosos donde, como hoy aún, los habitantes sólo sueñan con luchar en un ring, excitados y acalorados por las luces del techo, rodeados de la oscuridad de la sala.

Si nos paseamos por las calles de Colón, nos damos cuenta de que, a lo largo de ese vagabundeo, hemos asistido a decenas de combates improvisados, así como a sesiones de entrenamiento individuales. Todo lo que se mueve boxea, o remeda al boxeo. La gente, riéndose, se pone en guardia por un quítame allá esas pajas. Los golpes sólo se esbozan, se está entre

amigos, pero todos fintan, simulan, se descubren, haciendo sombra ante los escaparates de las tiendas. Avanzan, retroceden... Los chicos de Colón ensayan un papel que más tarde probablemente les será muy difícil interpretar.

Sin duda alguna Alfonso vivía de ese modo, boxeando todo el tiempo en las trastiendas de las cantinas, entre cuerdas inexistentes, merodeando en torno a los marinos y los militares americanos, puesto que eran ellos los profesores, los depositarios de la técnica y del reglamento. Ellos eran los que llevaban a ese puerto el sordo mensaje de los puñetazos enguantados.

En Panamá se organizaban a menudo combates de calidad. Las empresas encargadas de la construcción del canal también proporcionaban un alto contingente de espectadores y aficionados al noble arte. En el transcurso de su adolescencia, Al tuvo ocasión de ver boxear a campeones excelentes y a veces, incluso, de intercambiar golpes en el gimnasio con las grandes estrellas de la época como Young Harry Wills, Sam Langford, Mac Veá y Kid Norkfold.

Más tarde, Al, completamente formado psicológica y físicamente a pesar de su precoz aversión por los gimnasios y el *footing*, fue adoptado y respetado definitivamente por el grupo de boxeadores profesionales que residía en su ciudad, tales como Tony de Oro, Davey Abad, Ramón Arozemena, Kid Campbell, Pedro Troncoso y Santiago Zorrilla, entre otros.

Finalmente, Al está preparado para subir al ring, en unos combates de otra índole que los que ha conocido hasta entonces entre los aficionados; el número de asaltos aumenta; los golpes son más fuertes, más precisos. Empiezan a aparecer frente a él rocas y yunques, que al tocarlos le hieren. Comprende que hay que acortar esos diálogos sin porvenir; que hay que terminar pronto, que no hay que permanecer ahí plantado, inmóvil, desconcertado. Sabe que hay que moverse, golpear y desaparecer... «Sabía de forma innata cómo colocar un golpe, como el poeta sabe colocar una palabra...»

A los veinte años se presenta como boxeador profesional con una victoria por puntos, a seis asaltos, frente a José Moreno.

No tarda en aficionarse a la victoria, puesto que derrota por KO a Young Jeff Clark, Santana Kid, Pablo Pabilo, llamado John Arthur Perkins, Young Kid Peekyn, así como a un tal Vaccaro que dudaba demasiado entre el béisbol y el boxeo.

El muchacho de Colón ha superado la prueba de fuego. Pronto se ha dado cuenta de la excelente caliente calidad de su pegada y de su fuerza. En el momento en que Al lo toca, el muro de enfrente, agrietado por los golpes, se derrumba. Con su derecha se abren las puertas del éxito y del dinero.

El 1 de diciembre de 1922 se convierte en el campeón de Panamá de los pesos mosca, pero por primera vez queda maltrecho. El combate contra Sailor Patchett, un marino tiñoso, dura los quince asaltos estipulados en el contrato. Kid Teófilo, mal preparado, no ha podido acabar con su adversario. Es una lección que no recordará. Le gusta boxear, pero odia la disciplina del gimnasio.

Cuando Kid Teófilo consigue sacar su cabeza de mosquito por la escotilla del barco, sabía que no cumpliría el contrato firmado con el capitán del carguero de la ruta Perú-Panamá-Nueva York y regreso...

Un hombre arriesgado e inteligente como Alfonso no podía esperar ya nada de su ciudad natal. Era campeón del istmo, pero ese título no representaba nada realmente. Era tan miserable como antes de haberlo conseguido.

El puerto se había convertido en una obsesión. La hipotética plataforma para otra vida. Alfonso lo recorría de un lado a otro tratando de encontrar una ocasión para abandonarlo y alejarse de Panamá con destino a Nueva York.

Permaneció en las cocinas como en una trinchera. El capitán pensaba que su sitio estaba en las bodegas, pelando patatas y fregando cubos. Ganaría cinco dólares a la semana. Pasaría dos días en Manhattan, pero tendría que volver a Colón. Únicamente se le pagaría al final del viaje... Pero Al sabía que nunca cobraría semejante bolsa, puesto que estaba decidido a quedarse en Estados Unidos y boxear.

El 15 de junio de 1923 pasa por Hoboken con destino a Harlem, ante unos empleados de Aduana poco desconfiados. Ha tomado la precaución de dejar su equipaje a bordo. Dos días más tarde no se incorpora a su puesto. Con sus armas metidas en los bolsillos empieza, inmediatamente, a buscar a Kid Norkfold, un viejo conocido de Colón.

Al panameño le costó tres largos meses encontrar al peso medio, que estaba contratado para una serie de combates en diferentes ciudades americanas. Fue una época difícil y miserable. Como cualquier otro negro del barrio, Alfonso luchaba por subsistir.

Se había cambiado ya el decorado para el principio del segundo acto, pero en la obra se seguía hablando de lo mismo. El sol pegaba con menos fuerza, pero el viento soplaba con violencia. En la calle 125 esquina a Lenox, el peso mosca crecía. Con su 1,65 de estatura y sus 53 kilos, se apretaba el cinturón y esperaba un milagro. Permanecía apoyado contra la pared bañada por el sol porque –como más tarde contó él mismo– tenía menos hambre a plena luz que en la oscuridad...

Bobby Ridsen, un modesto peso pluma con el que Al había trabado amistad en Colón, fue quien vino en su ayuda.

Una mañana, al despertarme, sentí que la vida pasaba a mi lado sin rozarme; mi destino estaba encerrado en mis puños, en los puños de un boxeador y no en las manos reblandecidas por el agua caliente de un lavaplatos...

Leo P. Flinn coleccionaba «contratos de boxeadores». Dentro de la más estricta legalidad, podía vanagloriarse de representar en exclusiva a más de trescientos contendientes de norte a sur y de este a oeste de toda América, pero no se debe creer por ello que era un buen conocedor del pugilismo. Sin embargo, ese condenado Leo era considerado como sin rival en la negociación y en los porcentajes hinchados. Un pintoresco hombre de negocios que, en lugar de lanzarse en el de las salazones, se había metido, con éxito, en el comercio de las narices espachurradas.

Todos se preguntaban también si no firmaría contratos consigo mismo. Una parte y la contraria en un solo hombre, visto el número de luchadores que estaban comprometidos con él en unas condiciones propias de un negrero, más que de un hombre dedicado al deporte. Por lo tanto, se decía, no sin guasa, que la mayoría de sus protegidos no reconocerían a Flinn por la calle, por la sencilla razón de que no lo habían visto nunca.

Fue sobre las espaldas de ese industrial del puño donde Kid Norkfold, comprometido él mismo con ese feriante, puso el destino de Alfonso. Sobre las espaldas de Leo y en las manos de Dai Dallings, un viejo entrenador inglés muy competente, exboxeador y superviviente de la época heroica de los puños sin guantes, que secundaba a Flinn en sus negocios, la elección de sus pupilos y su preparación.

Desnudaron al «alambre» en el Billy Grupp's Gymnasium y lo subieron a la báscula. Son los primeros gestos de una buena presentación entre la gente del oficio. Medía 1,75 y pesaba 52,5 kilos... Dallings no había visto nada igual, y había visto... un peso mosca de la envergadura de Jack Dempsey... Eso daba que pensar.

A pesar del talento de Alfonso, faltaban en su repertorio algunos refinamientos técnicos. Pronto colmaría Dallings esas lagunas, esas ausencias que impedían aún decir que Al era un boxeador perfecto. Por ejemplo, el panameño no aplicaba bien su directo de izquierda y se descubría ante la izquierda de su adversario a causa de un defecto en su juego de piernas.

El venerable británico –que se ponía de buen grado los guantes para dar la réplica a sus alumnos– consiguió, después de algunos meses de preparación, hacer de Kid Teófilo uno de los más temibles pesos ligeros de los anales del boxeo. En los gimnasios y en los mentideros del medio pugilístico se hablaba ya de un nuevo George Dixon, el primer peso gallo negro de la historia que fue campeón del mundo.

Alfonso firmó un contrato por cinco años, sin apenas mirar su contenido... porque ¿acaso podía rechazar la única tabla de salvación que se le ofrecía? Tenía que boxear, quería hacerlo.